

La Juventud, Triste Pronóstico

por Sebastián Salazar Bondy

Hasta el escritorio del cronista están llegando numerosas cartas de lectores que, de un modo u otro, expresan su inquietud por el desquiciamiento de la juventud, problema del cual, a raíz de recientes sucesos callejeros, él y otros articulistas se han venido ocupando últimamente. Es la correspondencia el mejor testimonio que un periodista tiene de que un tema cualquiera toca el interés de su público, y en el caso aludido la cantidad es manifestación de la importancia que en la opinión general ha adquirido la crisis juvenil del momento. Es cierto que hay quienes sostienen, con razones más o menos serias, que la queja adulta contra los excesos de la juventud ha sido siempre, y que el problema de hoy es solamente la versión contemporánea de un problema tan viejo como la humanidad. En verdad, si así fuera no es lógico cruzarse de brazos y resignarse. La antigüedad de los males no los dignifica.

Lo cierto, sin embargo, es que nos encontramos ante la exacerbación de aquellas fuerzas vitales características de la edad transitoria entre la adolescencia y la adultez, cuando el ser comienza a adecuarse a la realidad, y su encaminamiento hacia lo inútil, falso o negativo. El joven —nadie podrá negarlo— siempre ha sido un haz de energías fulminantes, prestas a estallar, pero ahora, como pocas veces antes, ante un horizonte cerrado, sin cauces para darle sentido a la vida, hay menos posibilidades que nunca de que la integración de las fuerzas existenciales y la realidad no sea conflictiva. Ante todo, como la mayoría de quienes han escrito al cronista al respecto, faltan ejemplos dig-

nos de ser imitados. La vida se ha tornado peligrosamente hedonística y los incentivos para emprenderla con fe y entusiasmo son mucho más de carácter material que espiritual. Hace algunos años en estas mismas columnas dijimos que el colegio



y la universidad sólo brindan conocimientos abstractos y que tales enseñanzas anquilosadas bien poco podían atraer a la imaginación de un educando ansioso de hallar un sentido y una meta. Añádase a ello la pobreza del mundo familiar, el auge de la frivolidad, la exaltación del dinero y el poder habidos de cualquier manera, y se tendrá el cuadro patético frente al cual un nuevo hombre, tiene que elegir su destino.

El hombre es libre y, como lo ha proclamado la filosofía contemporánea, escoge su camino. No se trata, entonces, de obligar a nadie a ser por la fuerza santo o bueno. La misión de los mayores —padres, educadores, dirigentes— es mostrar a los jóvenes la alternativa y hacerles ver cómo la ruta creadora es la única que justifica la existencia, aunque esa ruta sea dura y sa-

crificada. Mostrar eso no consiste, por supuesto, en explicar una lección sobre una pizarra, sino evidenciar que la propia vida de los adultos se ha desenvuelto tal como se aconseja a los aprendices a desenvolverla. “Seamos mejores —es la sentencia de San Agustín que recuerda un lector y que encarna bien este concepto educativo— y los tiempos serán mejores”. El mismo corresponsal añade: “La escuela se ha comercializado, el hogar familiar se ha despreocupado por la educación de los hijos, los gobernantes han dado ejemplos desalentadores de corrupción, los políticos sin moral ni sentimientos han dejado estelas de perversión y mentira. Los resultados de este desquiciamiento social los estamos palpando en carne propia en nuestros días... Nuestra juventud frente a todo este caos se encuentra desorientada, indolente, apática. No hay maestros que le sirvan de ejemplos vivos para conducirla por los caminos de la vida en forma digna y provechosa”. He ahí cómo ve alguien desinteresado el panorama de la juventud peruana.

Sin duda alguna, no hay que rasgarse las vestiduras, pero tampoco cabe encogerse de hombros y afirmar, como quien oculta la cabeza ante la presencia del peligro, que ese “mal de la juventud”, como le llamara un dramaturgo alemán, es eterno. Tal mal es, en último término, el mal de la adultez, de la paternidad, y es ella misma la que debe reaccionar si no aspira a que entre nosotros se establezca el reino concupiscente de la explotación, el lucro, el abuso y la agresión, pues sembrar vientos es cosechar tempestades. Y la tempestad que anuncia una juventud desmoralizada es un triste pronóstico para una nación que apenas comienza a marchar.